

Una breve introducción

Hubo lejanos tiempos en que el Mundo distaba de ser lo que hoy conocemos. Era un mundo extraño donde el tiempo transcurría, para la mayoría de los que lo habitaban, mucho más lento. Aún más, podría haberse tratado de un tiempo atemporal.

La naturaleza se manifestaba con toda su grandiosidad y, exultante, se expandía sin límites sobre tierra firme, en el insondable y misterioso mar y en el bello y desconcertante cielo, donde los señores de la bruma, los vientos y las tormentas conversaban con los astros y las estrellas.

La tierra estaba poblada de intrincadas selvas y umbríos bosques que se extendían por las planicies, se adentraban en los valles, trepaban las colinas y se aventuraban en las altas montañas. Las cascadas cantaban historias viejas mientras los ríos andaban por el Mundo murmurando palabras y tenían ojos y oídos, y los sueños de todos ellos eran poderosos, porque se entremezclaban con los sueños de los pensantes y eran uno en el soñar.

Las praderas se desplegaban como verdes mantos salpicados por toda clase de flores silvestres y plantas, señoras de la vida y de la muerte. Extensos prados dormían sueños profundos y nunca interrumpidos bajo la nieve en la época invernal, mientras que durante la primavera, cuando el deshielo descubría sus tesoros, despertaban por sí mismos al llamado del sol; entonces se transformaban en celestes y purísimos espejos

de agua que, sin prisa, se dirigían a las tierras más bajas, al encuentro de algún río, lago o laguna poblados de criaturas que vagaban sobre las aguas con rostros pálidos y alargados con aire de inmortalidad o se escondían en la profundidad de sus palacios de burbujas y algas.

Las montañas eran prácticamente inexpugnables; sus muros, invencibles; y sus atronadores volcanes hablaban el idioma del fuego, sólo interpretado en las pesadillas y también mediante los crípticos conjuros por los habitantes de aquel Mundo perdido hoy, tan lejano y relegado que apenas si algunos sobrevivieron a los estragos que ocasionaron el olvido y la indiferencia, la superstición y hasta el fanatismo de los que los siguieron. Prácticamente toda la documentación se extravió, se quemó o se ocultó en sitios donde la humedad, los parásitos, el fuego y el paso del tiempo terminaron por destruirla. Fueron los relatos contados de generación en generación en los medios rurales los que emergieron modificados por los autores de las leyendas y los cuentos infantiles.

Una gran diversidad de animales vivían en el Mundo Viejo. No conocían, en general, el terror de ser perseguidos; la mayoría jamás se cruzó con las gentes que lo poblaban en esas lejanas épocas. Los pueblos hablaban diversos idiomas, algunos similares, otros tan distintos que parecían haber sido traídos por habitantes de lugares lejanos, más allá del mar, del cielo y de los extensos territorios desolados por causa de la intempestiva irrupción de espantosos cataclismos e indescritibles hecatombes.

Lenguas escritas las había muy pocas. Los petroglifos, las runas o los jeroglíficos eran interpretados por los sabios o escasos letrados, ya que las gentes comunes no sabían ni leer ni escribir; además, muchos de los pueblos tenían prohibido hacerlo. En consecuencia, prácticamente toda su historia se diluyó en la bruma del tiempo.

Las enormes distancias que separaban las comarcas, los reinos y las aldeas, los peligros que acechaban en la selva, en los desdibujados senderos solitarios, en los inhóspitos desiertos, en los velados lagos y pantanos, en la inmensidad del mar, disuadían fácilmente a todo aquel que quisiera aventurarse a penetrarlos. En aquellos lejanos tiempos, el abandono del terruño, de la aldea, de la comarca era como si, en nuestros

días, partiéramos de la Tierra en una nave espacial hacia un destino incierto. El exilio, por regla general, equivalía a la muerte.

Podría ser lo enunciado anteriormente motivo suficiente para que ciertos grupos no se expandieran a otros territorios y permanecieran en un mismo lugar, hasta que por distintas causas habrían desaparecido hasta la extinción; de hecho se esfumaron, la mayoría, sin dejar rastro alguno. Otros abandonaron bruscamente sus templos, sus colosales construcciones y sus simples viviendas, que aún, en ciertos casos, se conservan cobijados por la selva y el misterio; en otros, espantosos cataclismos destruyeron su hábitat encerrándolos dentro de las corazas de las montañas o sumergiéndolos bajo las aguas del mar, como se cree sucedió con el antiquísimo continente lemuriano o la no menos antigua Atlántida.

Los Primeros Nacidos, ángeles y arcángeles, en algunas ocasiones llamados también *sabios*, *magos*, *genios* o *maestros*, todos espíritus superiores, fueron los que acompañaron a los pensantes en el difícil camino de la transmutación.

Oki fue la palabra que utilizaron los antiguos para identificar a unas criaturas que, de a poco, fueron siendo reconocidas por los primeros habitantes del Mundo. Los vieron salir de las cuevas en las montañas, bajar al valle, construir sus viviendas, cultivar la tierra, domesticar a los caballos, fabricar armas, enterrar a sus muertos, erigir palacios, acumular riquezas, matarse entre sí y a todos aquellos que se les opusieran para obtener oro, poder y gloria.

Algunos de los sobrevivientes de los Pueblos Viejos vieron reproducidos en las conductas de los okis sus erróneos comportamientos de antaño, y un puñado de ellos, comprometidos con la misión de lograr que los okis no repitieran las mismas equivocaciones, conformaron la Hermandad de la Luz con la esperanza de lograr que los hombres evolucionaran.

Dos espadas fueron forjadas en el principio de los tiempos, dos espadas que deberían estar en tensión, pero nunca enfrentadas: la Espada del Sur y la Espada del Norte, tal cual la noche se equilibra con el día, el calor con el frío, la llegada con la partida, el sueño con la vigilia..., la vida con la muerte, sin que predomine ninguno de los opuestos porque uno crea al otro y el otro recrea al primero.

Los integrantes de la Hermandad de la Luz sabían que la lucha entre los opuestos producía en los seres pensantes consecuencias inesperadas, porque la balanza se inclinaba peligrosa y caprichosamente hacia uno de los dos polos y les era sumamente difícil hallar el equilibrio.

El factor desequilibrante se aloja con suma facilidad en el psiquismo de los pensantes porque también su psiquismo es dual, de igual modo que la naturaleza, ya que, al ser parte de ella, los seres pensantes participan de la misma condición.

El Señor de la Sombra era y es el factor desequilibrante que siempre estuvo y por siempre permanecerá. Por ello, en la medida en que la perfección crece, la Sombra crece también, aunque se muestre aparentemente aséptica e inerte.

Ésta es la historia de un joven príncipe que debió emerger del aislamiento, de la imperfección heredada de la naturaleza y de los errores de sus ancestros, de la confusión, de la culpa y de la locura. Un joven cuya misión era rescatar la Espada del Sur de las manos del Señor de la Sombra para reestablecer el orden en el Mundo, analogía que recrea el equilibrio que vence a la Sombra en la lucha entre los opuestos en nuestro propio yo. Tal equilibrio no es nada más ni nada menos que el resultado de un laborioso trabajo personal que cada uno realiza desde el momento en que se transforma en un individuo consciente y dueño de sus actos.